

MILLAN GARCIA-VARELA, J.: El poder de la tierra. La sociedad agraria del bajo Segura en la época del liberalismo. Institución Gil-Albert. Alicante, 1999. 286 páginas.

Desde hace años abundan las revisiones historiográficas sobre el cambio económico y social de la España contemporánea que no hacen más que engrosar la corriente de opinión, cada vez más caudalosa, en contra de la tesis del fracaso o del excepcionalismo hispánicos. No deja de ser curioso que algunos de los revisionistas eludan el ejercicio de la autocrítica, pero sobre todo que el debate se alimente a veces de lecturas secundarias con lo que el avance en el conocimiento histórico es forzosamente muy limitado, como lo es el de cambiar el término de atraso por el de modernización. El lector dispone de un artículo publicado en esta misma revista por J. Pujol en el otoño-invierno de 1998 donde se comentan ampliamente estos y otros aspectos.

El libro de Jesús Millán escapa de los defectos anteriores, pues se basa en la investigación de historia social, denominación que debería ampliarse a la historia agraria o a la historia política. Otra ventaja es el marco cronológico escogido, más amplio de lo habitual, pues se inicia, aunque el subtítulo no lo refleje, a fines del XVIII para concluir a principios del siglo XX. Por último, la comparación que se hace a menudo con la historia política europea es el mejor antídoto para superar los vicios del localismo.

El primer capítulo, que sirve de introducción, constituye una breve reflexión sobre algunos planteamientos de la historiografía española en torno a la "normalidad" de nuestra historia contemporánea. El autor critica las concepciones de tipo normativo en que se inspiran tanto las teorías de la modernización como buena parte de la tradición marxista porque parten de ciertos apriorismos y modelos ideales; con tales presupuestos, lo que interesa es clasificar la realidad para saber si se han desviado o no de las pautas del modelo, buscar "anomalías" o "anacronismos", más que comprender su significado en contextos históricos con entidad propia. Si lo único que acaba contando, dice el autor, es la secuencia de desarrollo económico + movilización política (identificable con democracia), entonces dejamos de conocer algo tan importante como las circunstancias sociales concretas, los fenómenos que dejaron su impronta en la memoria colectiva o las oportunidades que a primera vista quedaron por el camino. En suma, en el libro se apuesta por huir del reduccionismo y por considerar a los hombres como algo más que "anónimas fuerzas sociales".

El marco geográfico donde se desarrolla la investigación es el Bajo Segura que tiene en Orihuela su principal núcleo urbano. En esta comarca se había desarrollado una agricultura precozmente intensiva y mercantil, que, aunque no adquiriera la relevancia de Valencia o Alicante, se había convertido en polo de atracción para agentes comerciales de áreas muy diversas encargados de la exportación de productos agrarios o de atender la demanda interior. Como la agricultura era la principal y más segura fuente de ingresos, la acumulación de capital mercantil buscó aquí su principal inversión, una opción restringida por el nivel de la amortización siendo el crédito la vía indirecta para conseguir las adquisiciones. Pero este sector comercial no podía competir

con el acaparamiento conseguido tiempo atrás por los propietarios forasteros, predominantemente privilegiados, mediante enlaces familiares, la carrera en el ejército o el funcionariado.

A través del padrón del *Equivalente* se puede conocer el reparto de la tierra en Orihuela en 1831 que nos descubre tres cuartas partes de la población sin propiedad alguna y una representación destacada de los propietarios privilegiados. Expuesto así, parecería un cuadro tópico más de la sociedad agraria con una mayoría de desposeídos frente a una minoría de aristócratas acaparadores; el autor, sin embargo, tiene buen cuidado en precisar la ausencia de la aristocracia señorial, valenciana o española, y referirse a otro tipo de nobleza bien distinto, de títulos más recientes y poco interesada en la defensa del orden señorial; sería más bien valedora de una “versión oligárquica del liberalismo burgués”, de gran importancia en el futuro por la distancia que marcaba respecto al mundo del feudalismo.

Una de las constantes de la investigación del profesor Millán es combatir la imagen continuista de los grupos dirigentes de la sociedad agraria dispuestos a apoyar las opciones más conservadoras, desde el Antiguo Régimen al caciquismo de la Restauración pasando por el moderantismo. El esquema se debilita si se comprueba que la sociedad del antiguo régimen no era un “conjunto feudal” o “tradicional” sino que a principios del siglo XIX estaba dominada por el individualismo agrario con un grupo heterogéneo de propietarios privilegiados donde era marginal el peso de los señoríos. Cuando se produjo la crisis del absolutismo, la vieja oligarquía fue sustituida por un grupo de hacendados junto con algún comerciante acomodado al frente del poder local; recelosos ante cualquier apertura liberal, dieron pocas muestras de adaptación cuando llegó el momento del triunfo del liberalismo revolucionario de 1835. Luego, tomarán el relevo otros individuos que apenas si tenían tierra a fines del absolutismo, desvinculados, pues, con la vieja oligarquía, y muy relacionados con el comercio y otros negocios. Accederán al poder en los momentos de ruptura política y acabarán forjando fortunas muy significativas. Al romper con el orden heredado por medio del liberalismo revolucionario, la sociedad recibió un impulso de movilidad social renovándose de manera acelerada los rangos de riqueza y del prestigio social.

Clausurada la revolución después de 1843, el núcleo de poder instaurado por los moderados estaba claramente disociado respecto a la oligarquía del absolutismo en la medida en que sus orígenes y en gran parte su práctica económica se hallaban en el comercio. El panorama social en la segunda mitad del ochocientos nos acerca de nuevo a una mayoría de población desposeída, pero la concentración de la riqueza agraria no era la reproducción del pasado pues se había producido el rápido ascenso de un pequeño núcleo procedente del comercio mientras tenía lugar el ocaso de las viejas familias del patriciado. No era, pues, bajo el peso abrumador de las supervivencias del pasado como se desarrolló en la zona la época del liberalismo.

Es bajo esta perspectiva como debe contemplarse la cambiante política oligárquica durante la Restauración, primero con un hombre de Cánovas,

Rebagliato, hasta que en 1885 el liberal Ruiz Capdepón consolidó en toda la comarca un sólido “cacicato propio” capaz de escapar al mecanismo del turno y de prolongarse hasta 1923. A primera vista, he aquí una buena prueba para confirmar el fracaso liberal en una zona que por otra parte se distinguía por el peso de la propiedad aristocrática y la tradición carlista. Este caciquismo, sin embargo, fomentaba ciertas formas integradoras de opinión y no eludió el protagonismo de personajes con pasado progresista, por ejemplo, en el Sexenio revolucionario. Este político canalejista logró igualmente la benevolencia de la mayoría de los conservadores, haciendo superfluo el asociacionismo agrario confesional que retrasó más de veinte años su inicio efectivo. Tal integración de la mayoría de los sectores influyentes induce a pensar que el cacicato de Capdepón no era un residuo del pasado sino que reflejaba la fuerza de la movilidad social y la tradición progresista, dice Millán. A largo plazo se impuso un entendimiento elitista bajo hegemonía liberal porque esa estabilidad oligárquica, burguesa y ajena a la democracia, era para buena parte de esas élites un horizonte estable más prometedor que una democracia de ciudadanos; era el carácter burgués del liberalismo quien le ponía en guardia frente a la democracia.

La renovación que hemos observado en las jerarquías sociales y políticas ¿dejó alguna huella en la gestión de la explotación agraria y en las opciones que adoptaban los propietarios? El autor contesta a esta pregunta en la línea habitual de los estudios de historia agraria más recientes, es decir, combatiendo una situación de atraso o inmovilismo y explicando las mejoras que se produjeron dentro de los límites que marcaba la agricultura de la zona. El Sur valenciano no podía competir con el ritmo de especialización ni con los rendimientos de las comarcas del centro o del norte del país valenciano. Aún así, se produjo una intensa renovación en las producciones, aprovechando las ventajas comparativas que había en el terreno de los arbustos, las fibras y las hortalizas.

De acuerdo con las intenciones expuestas al inicio del libro de no confiar en una visión “estructuralista” de la historia, el autor expone en uno de los últimos capítulos cuatro o cinco resúmenes biográficos (desde un gran propietario a un campesino) que muestran diversas trayectorias, tanto en la gestión patrimonial como en las actitudes sociales. Con esto se refuerzan argumentos anteriores y se caracterizan mejor algunos segmentos sociales. Yo destacaría la biografía de un antiliberal, el comerciante y hacendado M. Sorzano, un *bourgeois conquérant* que lejos de impulsar la revolución liberal se resistió a ella. No se trataba, pues, de una fortuna en declive que buscara el refugio del absolutismo sino de un pujante hombre de negocios, comprador en la desamortización e innovador en la explotación agraria, que necesitaba el apoyo de la religión y del rey para legitimar el capitalismo real y la desigualdad social y política.

El libro concluye planteando el papel del liberalismo en la sociedad agraria del siglo XIX. Es en estas páginas finales donde la investigación propia deja paso a una discusión historiográfica polemizando con las tesis de la persistencia del antiguo régimen o del conservadurismo agrario de A. Mayer, B. Moore y R. Herr. Millán destaca por el contrario la movilidad social lograda

por el liberalismo, el escaso eco de los mecanismos de legitimidad aireados por los carlistas, el drástico declive del poder de la Iglesia y del dominio directo de los señores, extinguido con frecuencia desde muy pronto, etc. Algunas apreciaciones como la no identificación directa entre burguesía y liberalismo político o que “las transformaciones sociales que se derivaron del triunfo liberal no instauraron un capitalismo ideal o previsto en un modelo” deberían servir para corregir visiones muy lineales de un continuismo social en la historia contemporánea. Entonces ¿cómo interpretar el régimen de la Restauración? No era la ominosa herencia del pasado la que desarrolló un peculiar liberalismo capaz de sustentarse en la herencia progresista y a la vez en las premisas antidemocráticas de la doble soberanía o de la desmovilización del electorado. Se trataba más bien del resultado de las distintas trayectorias de los grupos que componían la sociedad y del tipo de racionalidad que practicaban.

Ya para concluir cabe señalar que desde que en 1943 Gerschenkron publicara Bread and Democracy in Germany argumentando el papel de las élites terratenientes y de la subordinación de la masa rural en los desenlaces fascistas, una poderosa corriente de opinión ha indagado en la sociología de las clases agrarias para detectar lo que era desviación o no respecto al modelo de crecimiento agrario francés o inglés. El libro de Jesús Millán, que obliga a lecturas nada precipitadas, no se adentra en estos temas, pero constituye un sólido argumento para debilitar la tesis de la persistencia de la sociedad tradicional como explicación principal del surgimiento de los movimientos autoritarios.

RICARDO ROBLEDO  
Universidad de Salamanca